

## COMUNIDADES ECLESIALES DE BASE

Como cristianos conscientes del problema que vivimos, una guerra que ya lleva 6 años y ha cobrado varios miles de vidas útiles, por el hecho de ser hijos de Dios, creemos que la Iglesia como tal debe reconocerse corresponsable de este problema; es decir, no puede sentirse al margen del mismo y deberá reconocer que no siempre ha cumplido su misión profética y que, muy por el contrario, ha sido legitimadora de grandes injusticias.

Sin embargo, a pesar de sus fallos, sobre todo en nuestro país, la Iglesia ha despertado; creemos que a tiempo, para contribuir si no para evitar la guerra, sí para contribuir en la búsqueda de soluciones a la misma, y sabemos que la Iglesia jerárquica lo está haciendo y sobre esto quisiéramos dar algunas sugerencias, a quienes como pastores tienen esta gran responsabilidad.

Quisiéramos que la mediación que Mons. Rivera desempeña fuera como el resultado de una práctica en el seno mismo de la Iglesia, es decir, que hubiera una práctica de diálogo dentro de la misma Iglesia. Que Mons. Rivera, antes de tomar grandes decisiones, consultara al clero, a las religiosas, en fin al pueblo de Dios, a ese pueblo al cual en una reciente campaña se le decía "cristiano, la Iglesia eres tú." Creemos que esta práctica enriquecería a la Iglesia en general y a Mons. Rivera le daría una mayor autoridad, pues entonces las líneas pastorales serían como el fruto de verdaderas reflexiones que desembocan

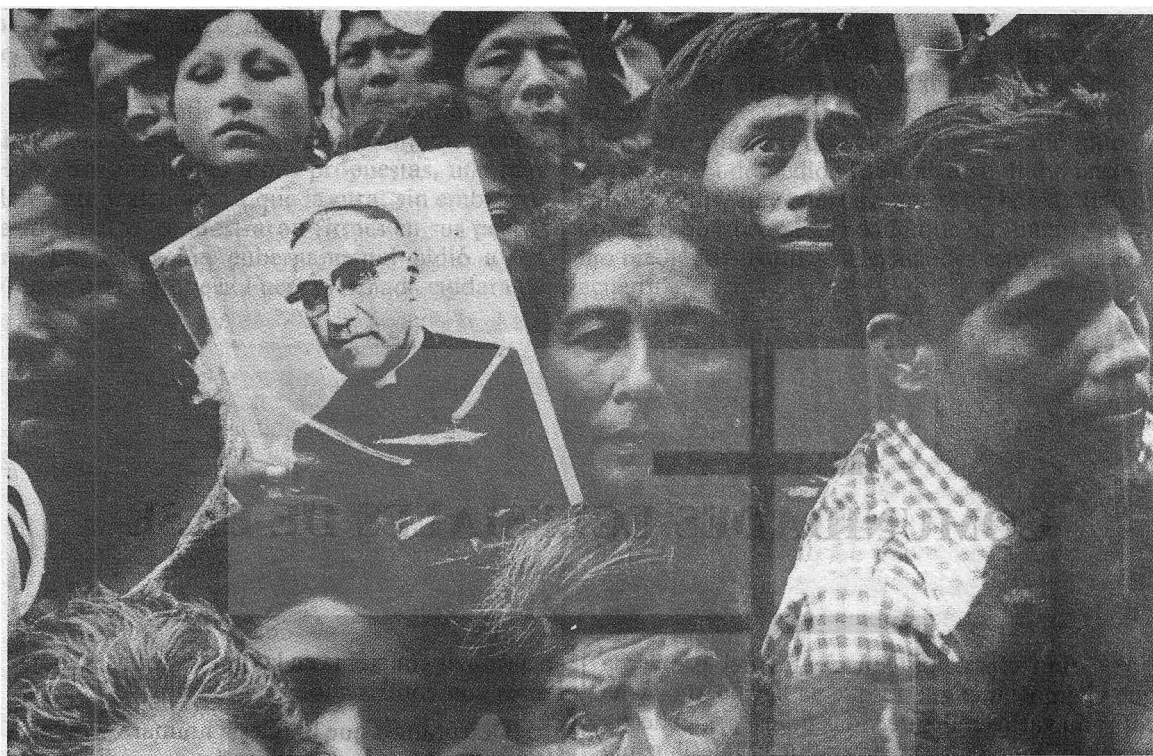
en acciones concretas en las cuales todos trabajaremos con entusiasmo.

Deseáramos que la Iglesia animara y favoreciera al pueblo a la organización de sus bases para que, en un espíritu solidario, buscara una verdadera justicia que dará como resultado una paz auténtica.

Respecto al diálogo entre el gobierno y la dirigencia de los Frentes insurgentes, deseamos que Mons. Rivera asuma este servicio que de por sí es importante para el pueblo, como representante del mismo, como el fruto de una consulta seria y responsable al pueblo, y no como una responsabilidad aislada, de personajes importantes, sí, que hablan en nombre del pueblo, pero sin haber tenido plática alguna con él.

Creemos que Monseñor puede y debe pedir al gobierno y a la guerrilla que inviten a otros sectores a participar en el diálogo, la verdad absoluta no la posee nadie; la verdad es el resultado del enfrentamiento abierto, franco y desinteresado de las fuerzas opuestas.

También queremos decir, que apoyamos a Monseñor Rivera en sus propuestas de humanizar el conflicto, contribuir a la solución del conflicto y eliminar las causas del conflicto. Pero recordamos que en todas estas actividades debe estar presente el pueblo, el pueblo pobre, ese que no tiene voz, ese pueblo desposeído de todo, ese pueblo que cada día está más abandonado y sin



esperanza de salvación. Es a ese pueblo al cual debe representar la Iglesia, pues ya Jesús, lo dijo "todo lo que hicieran al más pequeño de los hombres a mí me lo hacen."

Las Comunidades Eclesiales de Base debemos asumir más responsablemente nuestro papel histórico y tal vez sea éste el momento para una autocrítica de la cual concluyamos que no debemos vivir de recuerdos y laureles ganados en el pasado. Quisiéramos recordar unas palabras de nuestro querido pastor Mons. Romero, quien en cierta ocasión dijo que en un pueblo como el nuestro no costaba ser pastor y preguntarnos si hoy diría lo mismo.

Estamos a favor del diálogo, porque nosotros los cristianos, quienes formamos parte de las Comunidades Eclesiales de Base, siempre vivimos en oración para que nuestros hermanos ahora en conflicto, llegaren a sentarse por tercera vez a la mesa para seguir dialogando los problemas que originaron la guerra que sangra día a día a nuestros hermanos.

Esperamos de ambas partes que el diálogo y el sacrificio sea sincero con su pueblo sufrido sediento de paz; y así poder sacar puntos concre-

tos, en favor de todos los que anhelamos paz, justicia, respeto a la dignidad humana; así logremos los cristianos construir el reino de Dios, con libertad, por medio de su evangelio. Mantenemos la esperanza. El conflicto interno que vive nuestro país nos ha causado mucho daño, obligándonos a salir de nuestros lugares, desplazándonos, refugiándonos, dentro y fuera del país. Ya no queremos ser carga más de la Iglesia, sino tener un lugar donde vivir, trabajar, o poder regresar a nuestros lugares de origen. No es posible vivir en guerra, el diálogo será un medio para oír la voz de los pobres. Las fuerzas de los dos lados deben buscar una salida negociable. Nosotros los cristianos tenemos la fe que los conflictos, por muy grandes que fueren, siempre tienen solución si los hombres son flexibles. Como lo dijo el Santo Padre en el documento "El diálogo una urgencia para nuestro tiempo."

El diálogo por la paz es posible, pero algunos dudan de su posibilidad y de su eficacia, al menos cuando las posturas tensas e inconciliables parecen no dejar lugar a ningún acuerdo. ¡Cuántas experiencias negativas, fracasos repetidos, parecerían apoyar esta visión desencantada! No obstante, el diálogo por la paz es posible,



## Esperamos de ambas partes que el diálogo y el sacrificio sea sincero con su pueblo sufrido sediento de paz.

siempre es posible. No es una utopía. Por otra parte, incluso cuando no ha parecido posible, y se ha llegado al enfrentamiento bélico, ¿no ha sido indispensable de todos modos, después de la devastación de la guerra que ha puesto de manifiesto la fuerza del vencedor, pero no ha solucionado nada en lo que concierne a los derechos reivindicados, volver a la búsqueda del diálogo?

A decir verdad, nuestra convicción no se basa en esa fatalidad, sino en una realidad: en la consideración de la naturaleza del hombre. Quien comparte la fe cristiana estará más fácilmente persuadido de ello, aún creyendo en la debilidad congénita y en el pecado que dejan huellas en el corazón humano desde el principio.

Todo hombre, creyente o no, aún siendo muy prudente y lúcido respeto al endurecimiento posible de su hermano, puede y debe mantener suficientemente la confianza en el hombre, en su capacidad de ser razonable, en su sentido del bien, de la justicia, de la equidad, en su posibilidad de amor fraterno y de esperanza, jamás pervertidos del todo, para apostar por el recurso del diálogo y su reanudación posible. Al final los hombres son capaces de superar las divisiones, los conflictos de interés, incluso los contrastes que parecen radicales, sobre todo cuando cada parte está convencida de defender una justa causa, si creen en la fuerza del diálogo, si aceptan encontrarse para buscar una solución pacífica y razonable. Pero hace falta que no se dejen desanimar por los fracasos reales o aparentes. Hace falta que se avengan a reanudar sin cesar un verdadero diálogo, quitando los obstáculos y desmontando los vicios del diálogo.

El diálogo tiene que ser sincero, no una estrategia de una u otra parte para ganar espacio o seguirnos engañando; por lo tanto, el pueblo sufrido tiene que ser testigo de este diálogo, donde los valores morales y espirituales tengan todo derecho, y construyamos el reino de Dios. Todo es una búsqueda de la verdad y de la justicia, para la mayoría desposeída.

San Mateo nos dice cuando presentes una ofrenda al altar si recuerdas ahí que tu hermano tiene alguna queja en contra tuya, deja ahí tu ofrenda ante el altar, anda a hacer la paz con tu hermano y entonces vuelve a presentar tu ofren-

da, llega a un acuerdo con tu enemigo, ama a tus enemigos y reza por tus perseguidores.

El diálogo ayudará a vivir como hermanos para terminar con los desaparecidos, los asesinados, los secuestrados y los encarcelados; son muchos los que piden justicia y libertad.

No se puede pretender solucionar las profundas diferencias que existen entre las partes, en sólo algunos encuentros. Ponerse a dialogar en profundidad sobre el conflicto histórico y social que encierra el conflicto armado, ha de ser una tarea necesariamente larga y difícil. Y no se debe considerar fracasado el diálogo por no avanzar rápidamente hacia resultados espectaculares. Precisamente vemos con preocupación cómo a veces se afirma que el tercer encuentro ha de ser la última posibilidad del diálogo, algo así como un ultimátum. Esta actitud sólo favorece a quienes nunca han creído en el diálogo y sólo piensan en soluciones militares.

Lo que defendemos no es hacer del diálogo un fin en sí mismo, sino hacer al hombre un fin de sí mismo y no desmayar en la búsqueda de soluciones humanas.

Debe haber una progresiva y representativa participación del pueblo en el proceso del diálogo; la participación es ante todo un derecho del mismo pueblo por ser el protagonista y la víctima principal de esta guerra. El pueblo está cansado de la guerra, pero también está cansado de que se hable en nombre de él sin consultar su opinión y sin darle la participación real en la búsqueda de las soluciones.

No olvidemos tampoco que la búsqueda de causas de participación para todos los sectores fue uno de los acuerdos de la conversación de La Palma. Este derecho de participación del pueblo en las decisiones sociales y políticas está reconocido en muchos documentos de la Iglesia, por ejemplo, vemos en el siguiente texto de los obispos latinoamericanos reunidos en Medellín, "la justicia y, consiguientemente la Paz, se conquistan por una acción dinámica de concientización y de organización de los sectores populares, capaz de urgir a los poderes públicos, muchas veces impotentes en sus proyectos sociales por falta de apoyo popular."

Ojalá el diálogo sirviera para dar pasos importantes en la línea del cambio de las estructuras que siguen produciendo muerte, hambre, y guerra. Este era el objetivo último de un auténtico diálogo nacional, según Monseñor Romero. Sus palabras siguen teniendo plena actualidad.

En concreto, esperamos que se respeten y cumplan los acuerdos tomados en esta reunión; que se suspenda de inmediato la persecución a las asociaciones gremiales y humanitarias; que se respete a la Iglesia como institución y como pueblo de Dios; que haya un respeto absoluto a la persona humana; que se dé prioridad a resolver los problemas que afectan mayormente al pueblo pobre; que se permita a los desplazados volver a sus lugares de origen para rehacer su vida; que el ejército termine con la práctica de destrucción de sembrados y viviendas campesinas; que cesen los bombardeos indiscriminados a los poblados campesinos; que terminen las capturas o secuestros de jóvenes pertenecientes a las comunidades eclesiales de base; que el gobierno

ponga en marcha un verdadero plan basado en las justas aspiraciones del pueblo; que los fondos provenientes de préstamos y ayudas se empleen en abrir fuentes de trabajo; que se termine de una vez por todas la corrupción en todas sus manifestaciones; que el gobierno trate por todos los medios democráticos, la participación del pueblo en la reconstrucción de nuestro país.

Por último, toda la inmensa tarea que hemos descrito supone imaginación para crear soluciones y libertad para no estar atados a soluciones del pasado. Y esto es lo que esperamos y no sólo esperamos, sino que exigimos a quienes vayan a tener un papel más directo en este proceso de diálogo. Sin creatividad y libertad de espíritu, caeremos en las mismas discusiones de siempre, como en un callejón sin salida.

Esto nos parece especialmente importante a la hora de discutir la validez de cualquier ley o de cualquier estructuración posible de una democracia, la cual sea a la vez libre y solidaria.

